

PALENCIA, VERSO A VERSO

Jose M^a Fernández Nieto

Hace muchos años, allá, por los años finales de la década de los cincuenta, cuando sus ilusiones cabalgaban entre el amor a su tierra y a la poesía, el poeta en ciernes y un entrañable amigo, ya desaparecido, Florencio Domínguez, que sabía poetizar su cámara fotográfica como nadie, proyectaron la idea de recorrer la provincia y reflejar la diversidad de su riqueza monumental y paisajística en versos y en imágenes.

Y una mañana de domingo emprendieron la tarea tomando el autobús de línea que los llevaría a Carrión de los Condes. Hasta ese día, y a pesar de ser finales de noviembre, el tiempo otoñal había sido maravilloso, pero ya el día había amanecido encapotado y frío y cuando el poeta y el fotógrafo llegaron a Carrión y se aventuraron a internarse por la “calzada”, frente a San Zoilo, comprendieron que el invierno se echaba encima y que no era ya el tiempo propicio para enfocar con éxito la cámara ni para que la musa del poeta fuera arropada por la climatología. Y desistieron ambos de la empresa.

Empresa que no volvieron a acometer porque cuando llegó la nueva primavera, si bien el tiempo les ofrecía más “calor” se habían enfriado sus ánimos. Hay que tener en cuenta que eran tiempos en que poseer un coche era poco menos que un lujo y cuando ya, poeta y artista, accedieron en los años sesenta a la posesión de un Seat-600, se les había complicado la vida, el trabajo, la familia para volver a plantearse un proyecto que hubiera resultado muy interesante.

Y como ocurre tantas veces en la vida, siempre les dejó la ilusión de haberlo realizado esa especie de “remusguillo” de lo que pudo hacerse y no se hizo.

Sin embargo, el poeta, que no necesita cámaras, ni que haga bueno o malo, ni vehículo alguno que el de su imaginación y una

pluma, léase una máquina de escribir o actualmente un ordenador siguió escribiendo poemas dedicados a tantos y tantos monumentos, parajes, rincones, pueblos, que el visitaba con alguna frecuencia.

Y esto es lo que pretende el poeta, en esta especie de “turismo lírico”, aunque sea sin la colaboración artística de aquel amigo inolvidable que se llamó Florencio Domínguez y cuya amistad se inició en los tiempos en que se reunían en el Bar “La Reja”, sede de la “Peña Nubis”, que removió tantas inquietudes palentinas.

Y antes de ir desgranando sus poemas “palentinos”, escritos durante más de cincuenta años, quiere el poeta advertir que algunos de ellos ya fueron incluidos en ese magnífico libro antológico que con el título de PALENCIA, PIEDRA A PIEDRA, publicó en 1983 otro amigo entrañable, Jesús Castañón Díez, asturiano de origen y palentino de adopción, compañero de Academia en la Institución Tello Téllez de Meneses, que desgraciadamente tampoco está entre nosotros.

Quisiera, eso sí, el poeta, recordar un poema al río Carrión, escrito a sus veintiún años y que le fue premiado en unos Juegos Florales de Palencia, en 1942, y que al tratarse de su primer premio, el autor ha pensado en muchas ocasiones si fue lo que determinó su vocación poética de entonces en adelante, ya que si los certámenes y concursos tienen alguna virtud es la de que los que resultan premiados crean en ellos mismos.

Y este poema llevaba por título

ELEGÍA A LA VIDA Y MUERTE DEL RÍO CARRIÓN

Niño

El cuerpo de agua y luz en los cristales,
llora el bautizo de su nacimiento
colmando de dolor los peñascales.

Al ganar el camino, los pañales
lijan sus rocas gélidas, y el viento
le regala una cuna de trigales.

Un pastor que conoce ya su infancia
amontona la nieve del rebaño
para calmar su sed con la abundancia

y los labios exhaustos de fragancia
con frialdad y mímica de estaño,
hielan la fauce seca que le escancia.

Camporredondo, al ver sus líneas finas
que se tumban jugando en la ladera,
frena sus ansiedades peregrinas.

Guardo, que con sus manos masculinas
troncha pedazos de carbón, le espera
para ofrecerle el arca de sus minas.

Al despertar los gallos, una espada
hiere con el acero de su frío
la tierra de la cuna desnudada;
y cortinas de llanto, al verla helada
con lágrimas pluviales del estío
visten su desnudez immaculada.

Dos anchas paralelas que respiran
su vaho lateral hasta la muerte,
con corazones verdes le suspiran.

Los sables de los chopos que deliran
batirse con el sol cuando despierte,
dan su cima a las aguas que le miran.

Joven

El río caminante y peregrino
llaga sus pies de agua en el cascajo
y busca las caderas del camino.

Carrión le ha descubierto junto al pino
que doblaga su frente, sin trabajo,
con la ayuda del viento matutino.

Y al ver Belén, sus ojos navegantes
traspasan sobre el aire la distancia
y saludan ansiosos y ondulantes;
los sones del acero, agonizantes,

desplomán en el agua su asonancia
y amortajan su cuerpo de diamantes.

Tiene este río un alma que, alargada,
mide su longitud llena de vida,
pero nunca conoce la parada.

Al batir la pupila vaciada
el llanto se desborda de su herida
y el aire borda el eco en la calzada.

Alas de juventud vuelan su aliento,
pero aunque se enamore del paisaje
ha de seguir viajando con el viento.

Por eso va nublado su contento,
pues en Belén anclara su ropaje
a no ser un relámpago el momento.

Sobre su pecho abierto se desgrana
un rosario de históricas herencias
que a flor de viento escoge la mañana.

Carrión desmaya en él su edad temprano,
Don Sem Tob viértele crudas sentencias
y amores el Marqués de Santillana.

El río, que ya riza remolinos
sobre la piel quebrada de cristales,
vence en la ruta curva a los caminos.

La boca de los campos palentinos
sedienta en mares rubios y frutales,
bebe asomada en surco entre los pinos.

Nervio tenso y fundido, a la tersura
regala el alimento de su entraña,
y solo cobra verde y hermosura.

Ya Belén se ha borrado en la espesura
y el río que le pierde siempre empañá
sus ojos en sudario de llanura.

Paredes, a lo lejos, oye el llanto
y el fantasma de Jorge se estremece
al sentir hecho líquido su canto.

Y el río, cabalgando en el quebranto,
ciego al paisaje nuevo que le mece,
cierne su juventud en el espanto.

Agonía y muerte prematuras

Palencia, adelantada en Don Guarín
-umbral favorecido por la suerte-
espera con dolor al andarín.

Y es para predecir al paladín
que piensa en la aventura y no en la muerte
que en Dueñas está próximo su fin..

El caballero de agua del Carrión
cancelando el temor en su conciencia,
despliega un abanico de ilusión
y juega en la cascada a borbotón
y a lágrimas de orgías... Y Palencia
repite en cada puente su oración.

El Puentecillas llora no tener
párpados y dormir un sueño loco:
sus ojillos vacíos y sin ver
dan sus mejillas crudas a lamer.

Y el caballero de agua, poco a poco,
pasa mitad en llanto y en placer.

Otras pupilas grandes, con fragancia
de flores y de verdes a la orilla,
guardan en su vacío, su arrogancia.

La voz del agua rítmica elegancia-
crece el batir el puente por la quilla,
y el aire cuelga el eco en la distancia.

Más tarde una señora palentina,
reina cuadrada, de dulce corona,
mira por sus campanas sin retina
el solemne compás del que camina,
pero por ver su paso, no abandona
su postura gallarda y femenina.

El caballero, loco, enamorado,
rinde su espada de espumosa plata,
pero su corazón ya se ha volado.

La torre, sin saberlo, se ha acostado
en lecho vertical, -nubes de nata-
y su imagen de piedra se ha borrado.

Invocación

Tu cuerpo de agua y luz de caballero
llora cristales rotos de agonía
que se deshilan a la luz de Enero;
llora la tierra gotas de tempero
y yo lloro tu muerte en mí elegía
con lágrimas de versos, el primero.

Después de este recorrido fluvial, que quisiera fuese como el sistema circulatorio, en clave poética, de nuestra provincia, prosigue, ya que no en un orden cronológico, sí en un mismo nivel temático y por tanto referido a una síntesis de nuestro Carrión en el período invernal y cuyo título es

HELADA EN EL RÍO CARRIÓN

Qué mansamente hermoso pasa el río
copiando la ciudad de puente a puente,
qué hermosamente mansa la corriente
congela la hermosura del plantío.

Cómo sangra la luz y cómo el frío
hiere la espuma y cómo, transparente,

se lleva la ciudad calladamente
como la va llevando el verso mío.

El hielo ha detenido la cascada
y la muerte se queda sorprendida
al sentirse en el hielo retratada.

No se puede decir si está dormida
o si de puro sueño, de olvidada,
es agua por el tiempo detenida.

Pero también hay que mirar la ciudad y su paisaje con la cámara luminosa de la primavera, de nuestra primavera titubeante y primaveral como la contempla el poeta en

ABRIL

Abril se tiende azul en la meseta
acariciando el pecho de Castilla.
Palencia, como un monje, se arrodilla
y canta en soledad como un poeta.

Enamoradamente recoleta
asoma su belleza en cada orilla
y es como un corazón de pan y arcilla
y es como la plegaria de un asceta.

Abril en la ciudad, abril gozando
en vegetal deseo en cada rama,
en cada espiga, en cada flor reciente.

Abril en ebriedad, abril cantando
mientras la primavera se derrama
dejando un beso nuevo en cada frente.

Y otro ángulo para contemplar la ciudad, cuando el poeta siente el cansancio de haber estado mirándolo todo. Un soneto dedicado a la noche palentina, a punto de conciliar el sueño....

LA NOCHE

La ciudad se recuesta... En la ventana
de la tarde se asoma ya el poniente.
Se clausura la luz y en cada frente
queda un poso de vida cotidiana.

Todo lo que ocurrió por la mañana
se torna con el sueño diferente.
Lo que quisimos ser se hace presente
y en trigo de añoranzas se desgrana.

!Hasta mañana!
El párpado se cierra,
enmudece la luz en la ventana;
todo en la oscuridad arruga el ceño.

Dejemos el ayer sobre la tierra.
Oh, ciudad de la vida... !hasta mañana!
Vamos ahora a la ciudad del sueño.

Y al despertar, ya es domingo. Domingo en nuestro quehacer, en nuestra sensibilidad, en nuestro corazón. Domingo para volver a asomarnos en el río que baña nuestras vidas y en esta ocasión, cerca del Puente de las Puenteillas, ese puente romano tan emblemático para los palentinos.

PUENTECILLAS

De orilla a orilla ya, de parte a parte
tus piedras son más viejas cada día.
La muerte está empezando a reclamarte,
a calcular tu tiempo de agonía.

Pero tú te resistes, Puentecillas,
y templando los nervios de tus arcos
sostienes en tus lápidas costillas
la vieja romería de San Marcos.

Palencia necesita que no mueras,
porque muriendo tú sueño romano,
ya no podrá en sus nuevas primaveras
alcanzar el Sotillo con su mano.

Mientras el río, como el tiempo, cuente
piedra por piedra, herida por herida,
Palencia necesita de tu puente,
abrazo de la muerte y de la vida.

Riberas del Carrión. El agua corre
lamiendo la ciudad de orilla a orilla.
San Miguel, a lo lejos, da su torre
en lágrima y campana por Castilla.

Atardecer de abril. La romería
rejuvenece el puente en arboles.
Y en el Sotillo queda todavía
un regusto de vino y caracoles.

El poeta se siente reconfortado por sus paseos líricos, por la contemplación del paisaje de las riberas del río, tan distintas en otoño, en invierno, en primavera y quiere adentrarse en la ciudad donde siempre ha vivido y expresar sus sensaciones poéticas, perdido y siempre encontrado por sus calles, por sus rincones, por sus “piedras” que huelen a historia y a repetida convivencia. Y cree que su primera visita ha de dedicarla a la Catedral, a esa “bella desconocida” que va dejando de serlo, impulsada últimamente por la exposición de las “Edades del Hombre” que está convocando a cientos de miles de visitantes. Y el poeta escoge, entre sus versos al primer templo palentino, este soneto que titula

CIMBALILLO

El tiempo es este, címbalo en sonido,
esta campana que fundió la pena,
el tiempo es eco que en la tarde suena
a impreciso recuerdo, a ser querido.

El tiempo es este canto distraído
que a ayer y a soledad nos encadena,
es la mano de Dios que nos ordena
vivir seguir muriendo lo vivido.

Catedral de Palencia silenciosa,
rosa en piedra que crece en la campana,
cuando la tarde duele de acabarse.

Rincón donde el silencio se hace rosa,
donde el espacio encuentra su ventana
y donde el tiempo, al fin, puede tocarse.

Pero vamos a saludar al Patrono de Palencia, a San Antolín, Y para ello hay que entrar y frente al retablo plateresco, cuya maravilla ensimisma, con el consiguiente peligro de rodar por la escalera que baja a la cripta, el poeta nos invita a rezar con él una oración al Santo

ORACIÓN A SAN ANTOLIN

Como una piedra antigua, por ejemplo,
por ejemplo como la luz de un astro
o como una columna de tu templo,
vengo a cantar tu historia de alabastro.

Vengo, Antolín, patrono innumerable,
historiador de estrellas y, beso en talla,
vengo a tu catedral para que me hable
tu corazón mientras el mío calla.

Vengo a escuchar tu voz de terebinto,
tu palabra de sol y de agua nueva,
tu címbalo de amor bajo el recinto
donde el milagro tuyo se hizo cueva.

Vengo a decirte, por ejemplo, que oro
gracias a tí, patrono castellano,
porque tú, desde el cielo del trascoro,
amasaste mi harina con tu mano.

Porque tú, tan callado en la clausura
del silencio, te hiciste palentino
y eres ya corazón en escultura,
kilómetro de Dios en mi camino.

Oh, Antolín, leñador de soledades,
arcángel de luceros y violetas,
jardinero de sueños vegetales
donde aroman su beso los poetas.

Aquí está adormecida, silenciosa
esta ciudad tan tuya que ya sabe
si eres tú jardinero, ella ser rosa,
si eres tú luz de Dios, ella ser ave.

Esta ciudad que, por ejemplo, reza
sin usar del sonido y se arrodilla
dentro del corazón con la llaneza
que aprendió, por ejemplo, de Castilla.

Esta ciudad que, por ejemplo, canta
bajo su luz que es honda como un templo,
que se siente más íntima y más santa
cuando se sabe tuya, por ejemplo.

Que, por ejemplo, vive y se recrea
con ternura de espiga madurando

y que ama, por ejemplo, y que desea
sin importarla, por ejemplo, cuándo.

Esta ciudad tan tuya que ha crecido
pero que sigue siendo toda tuya
porque ha nacido en ti, porque ha sabido
ser canción en tus labios y aleluya.

Esta ciudad que, por ejemplo sueña
morir un día y emprender el vuelo
y hacerse, por ejemplo, tan pequeña,
que puedas tú llevártela hasta el cielo.

Misión y devoción cumplida. El poeta conoce a fondo su ciudad. Le gustaría d etenerse en cada rincón y dejar un rastro de versos por cada calle, por cada plaza. Pero es consciente de su tiempo y de los que quieren acompañarle en esta ruta de poemas. Y tiene que espi- gar, entre todos, los más importantes. Y  c omo no saludar a la “morenilla”, a la patrona de su ciudad, a la Virgen de la Calle? Cuando llega su fiesta, el día 2 de febrero, es ya tradicional que todo el que sabe enhebrar unos versos, le dedique su florilegio poético en las páginas de EL DIARIO PALENTINO gracias al entusiasmo mariano de ese palentino ilustre que se llama Antonio Herrero Antolín. Y este poeta quiere seleccionar alguno suyo entre los numerosos que ha ofrecido a la Virgen palentina. Y escoge uno de ellos.

CALLE MAYOR DE MARÍA

Está cayendo la tarde
sobre la calle, María;
se apaga el sol, ya no arde
como esta mañana ardía.

Madre, que no me equivoque,
que es noche a mi alrededor,
que mi calle desemboque
en la plaza de tu amor.

María, que no te falle,
que de las callejas huya;
que cuando ande por la calle
sepa qué calle es la tuya.

Que sé cuánto te desvelas
en mi ardiente oscuridad.
Enciéndeme tus candelas
para ver tu claridad!

Que está cayendo la tarde
sobre esta calle, María
y el sol del Amor me arde
en tu calle, que es la mía.

Y ahora una visita especial en la que el poeta duda para poetizar entre lo legendario y lo histórico. Es la visita al Cristo de las Claras universalizado por la pluma de Miguel de Unamuno. Después de conocer ese gran poema unamuniano el poeta siente cierto complejo creador pero, a sabiendas de su distancia en la calidad, no quede por menos de detenerse poéticamente ante este Cristo tan “palentino” después de reverenciar, eso sí, la presencia de Jesús Sacramentado que las monjas clarisas adoran diariamente en su Exposición Mayor.

ANTE EL CRISTO DE LAS CLARAS

¿Cuántos siglos bebieron
en tu muerte, Dios mío?
Estás muerto, remuerto
como un tronco de olivo.

No hay en Tí ni el recuerdo
de un aliento de vida,
cadáver cadavérico
de las monjas clarisas.

Cantidades de muerte
residen en tu cuerpo,
no es posible ver nada,
que pueda estar más muerto.

Río. Un río o un mar
te trajeron en andas
a esta quietud de tierra,
de barro de ensenada.

Cristo curtido en tierra,
muerto pero flexible.
¿Quieres decir que has muerto
y que muriendo vives?

Ay, Señor, me da miedo,
un miedo metafísico
ver la muerte a lo hondo,
ver la muerte a lo vivo.

No sé de qué estás hecho
-¿de arpillera? ¿de arcilla? -
No sé de qué estás hecho...
!Quizá de muerte misma!

Tu boca es una boca
con dolor esculpida
donde la sangre, en coágulos
de muerte se arracima.

Tus ojos son los ojos
de mil años de muerte
donde la luz clausura
la vida para siempre.

Y tus pies son de plomo
derretido con sangre.

Ay Señor, me das miedo,
un miedo indescifrable.

Estás tan extinguido
tan muerto, tan muerto
como la misma arcilla,
como el barro reseco.

Ya sé. Quieres decirnos
lo que somos, un trozo
de tierra, un puño amargo
de barro pantanoso.

Pero tú eres flexible,
a pesar de estar muerto...
¿Quieres así decirnos
que seguiremos siendo?

Que hay algo que se mueve
aunque todo se acabe,
que al polvo, aún siendo polvo,
también lo mueve el aire.

Pero antes de abandonar la capital, donde el poeta ha derramado muchos versos dedicados a la Romería del Cristo del Otero, a la de San Marcos, a la Fiestas de San Antolín de septiembre y a tantos rincones y lugares vividos y queridos y que por ahí están dispersos, publicados o inéditos, el que esto escribe quisiera dejar una pincelada retrospectiva de una añoranza referida a la vieja plaza de toros donde -viejo aficionado- tuvo la ocasión de ver torear a toreros míticos tales como Manolete, Carlos Arruza, Pepe Luis Vázquez, Aparicio, Litrí, el Cordobés... y un torero palentino -arte, elegancia... y miedo- que se llamó Julio Chico y que llegó a alternar con el mismísimo Manolete, allá, por los inicios de los años cuarenta y que el poeta titula

CORRIDA DE TOROS EN LA PLAZA VIEJA DE PALENCIA

Por el redondel del aire
lidia septiembre esperanzas
y aplauden los ruiseñores
desde un tendido de acacias.
San Antolín cita al toro
musical de las campanas
y el Carrión abre, torero,
su capote de esmeraldas.
¿Quién viene? ¡Gregorio Sánchez!
¡Oh, qué vísperas de palmas
para un gladiador de sueños,
ya lidiador de nostalgias!
La Calle Mayor es una
torrentera de añoranzas,
un río de discusiones,
que desemboca en la plaza,
un acueducto de esperas
hacia un aljibe de capas.
Cerca el viento, en San Francisco
le da una larga cambiada
al novillo de las horas
que pasan lentas, que pasan...
¿Que quién viene? ¡Antonio Ordóñez!
¡Casi nadie! Una oleada
de alegría en la muleta,
un mundo entero de gracia
y una caricia de seda
en el filo de una espada.
Se sacia de forasteros
la sed de la Bocaplaza
y se alegran las taquillas
de sol y sombra embriagadas.
Un chaval pregunta: -"¿Cuanto?"-
Una de sol, diez leandras...-

Y el niño pide a su sueño
 los seis duros que le faltan.
 Pitos, viseras, pañuelos,
 rincones, gritos guardias
 y uno que le dice a otro:
 -"Manolo, ya no hay entradas..."-
 ¿Quién viene? ¡Marcos de Celis!
 Que sí. Que no. Que se vayan
 los pájaros agoreros
 a hacer puñetas... ¡Qué pasa!
 Y luego el coso, la vieja
 reciedumbre de una plaza
 con sabor a tentadero,
 a circo romano, a entraña
 de siglo pasado, a historia
 de la mejor tauromaquia.
 Que aquí lidió Machaquito
 toros de peso y de casta,
 que aquí Mazantini dió
 lecciones a la elegancia,
 que el Gallo cantó, lidiando,
 kikirikíes de cátedra,
 que aquí recitó Belmonte
 su repertorio de audacias,
 que aquí Pepe Luis, el Grande
 y Manolete, el Monarca
 y Luis Miguel, el Excelso,
 dejaron huellas de gracia
 torera, sobre estas piedras
 heridas por la nostalgia.
 ¿Que quién viene? ¡Qué me importa!
 Conque vengan tres me basta.
 Lo que importa es esta víspera
 torera de la esperanza,
 esta Palencia vestida
 para la Fiesta de España.
 Lo que importa es este ir

y venir, esta riada
de ilusiones, este estar
esperando a que la “Banda”
desfile con las mulillas
hacia el fervor de la plaza,
este “¡vamos a los toros!”
y este “¡veremos qué pasa!”
Porque lo que va a pasar,
eso... ¡no tiene importancia!

Y así, el poeta, con ese agrídulce de los recuerdos jóvenes con esa sensación de que la vida ha pasado como un río presuroso, no puede evitar la meditación que suele suceder a la nostalgia de lo festivo y como era de esperar en un poeta -y más siendo palentino- reflexiona al modo manriqueño en su acabamiento, en la muerte. Y se aferra a la tierra que le vio nacer, en la ciudad que le vio crecer y vivir y donde quisiera también acabar sus días.

Y le duele dejar a la ciudad querida, a esta Palencia de su amor y de su vida entera.

MORIR AQUÍ

Morir aquí, y en esta tierra mía,
en esta llana desazón de trigo,
donde Dios se nos da como un Amigo,
como una concesión de la alegría.

Morir aquí, cuando el amor sonría
y todo lo que soy lleve consigo;
dejar, ciudad, de dialogar contigo,
morir cuando tú vivas todavía.

Morir aquí, donde aprendí a tenerte
dentro del corazón. como una herida,
como un dolor que en paz se me convierte.

Morir aquí, en la ciudad querida,
en donde fui aprendiendo que la muerte
es lo más natural que hay en la vida.

LA PROVINCIA

El poeta que esto escribe es un enamorado de la capital de provincia donde transcurrió su vida, pero sus pueblos, sus rincones rurales, la enorme riqueza de sus paisajes, de sus iglesias, de sus castillos; la diversidad de sus comarcas naturales, la Tierra de Campos, el Cerrato, la Valdavia, la ruta de sus pantanos, apasionan su pluma y son muchos los poemas dedicados a la provincia palentina de los que quiere dejar aquí una nuestra. Y por ello tiene que salir ya de la ciudad para ir recorriendo senderos y rutas hacia la belleza. Y, por seguir un orden comienza en

DUEÑAS

Es como si en Castilla la meseta
se hubiera de repente equivocado,
como si el llano hubiera despertado
y ensayara en el río una pirueta.

Casas apretujadas. Dios aprieta
las gentes y las cosas. Asustado
ve morir al Carrión el arbolado
como la copla triste de un poeta.

¿Y esto es Castilla? Sí. Y esto es Castilla
que quiere levantarse de su arcilla
y protesta en un gesto de montaña.

Dueñas, llaga de historia, herida verde,
mágica fruta que Castilla muerde
como si fuera el corazón de España.

La basílica de San Juan de Baños está muy cerca. El poeta lo sabe. Son tantas las ocasiones, las visitas, incluso las celebraciones poéticas vividas junto a los poetas de la agrupación que lleve su nombre y que sigue dirigiendo y alentando Andrés Quintanilla, que se sabe de memoria estos parajes entrañables. Y no podría faltar su admiración y su poema a esta interesantísima joya visigótica.

EL TEMPLO EN LA BASÍLICA

El tiempo, manantial de desengaños,
río de adioses y huracán de penas,
ha puesto aquí grilletes y cadenas
a este doncel furtivo de los años.

Aquí apacienta el tiempo sus rebaños
de siglos y su aprisco de azucenas
aquí, sobre estas páginas serenas
dejó su nombre escrito Juan de Baños.

El tiempo tiene aroma a Recesvinto,
sabor a siempre, soledad de historia,
rigor de roca y suavidad de seda.

Y hay en cada dovela, en cada plinto,
esculpida en adioses la memoria
de un tiempo que se va pero se queda.

Y antes de ascender por los caminos del norte, el poeta no quiere perderse, una vez más, la contemplación del castillo de Ampudia, pasando por la Colegiata y paseando por esos soportales tan rústicos, tan emblemáticos de la Castilla rural. ¿Cuántas veces ha venido el poeta a Ampudia para que se sepa de memoria su poema? Una vez más quiere repetirlo para ti, amigo, que le acompaña en estas páginas.

CASTILLO DE AMPUDIA

Castilla alzada en páramos y almenas,
clamor en piedra, réplica en murallas,
en donde tú, Tierra de Campos, hallas
gozos de sol y llantos de cadenas:

En donde esculpes siglos y los llenas
de un ayer sordomudo de batallas
y, comunera de silencios, callas
para que hablen por ti las azucenas.

Ampudia, abajo, sesteando olvidos,
Colegiata en trigal, torre en espiga,
deja pasar el tiempo hacia la historia.

Se han quedado sin pájaros los nidos.
Tiene que ser la piedra quien nos diga
cómo perdió Castilla la memoria.

Cada monumento, cada iglesia de la provincia de Palencia, merecen un soneto. Y basta un soneto. Sobriedad por sobriedad. No se trata de excederse en versos. Y esto lo sabe el que contempla. Y el que escribe. Por eso todos los que le quedan al poeta para cantar nuestras joyas en piedra son sonetos. Y he aquí el que dedica a la torre “creciente” de la iglesia de Fuentes de Nava.

LA ESTRELLA DE CAMPOS

¡Qué garbo de ascensión, qué crecimiento
de piedra y de esperanza, qué sencilla
manera de subir desde la arcilla
en puro y en total sometimiento!

¡Sorpresa de la luz, susto del viento,
torre en tallo de espiga que Castilla

edificó y sembró -torre y arcilla-
para disimular su acabamiento!

Estrella, sí, que sube y se desclava
desde el muro del ábside hasta el cielo
poniendo alas de amor a sus rodillas.

Torre ascendente, arcángel de la Nava,
que está ensayando piedras para el vuelo
y que parece que anda de puntillas.

Al poeta le duele tener que dejar cientos de versos en su archivo íntimo para ajustarse al tiempo que le ofrecen. Santa Cruz de Ribas, el “pajarón” de Amusco, el coro de Támara, las maravillas de Astudillo... Pero ¿cómo callarse frente a San Martín de Frómista? Sería un desprecio incalificable. Y la pluma, la voz del poeta, vuelve a temblar de emociones estéticas, frente a la maravilla de las maravillas.

SAN MARTÍN DE FRÓMISTA

Esta es la joya limpia y ordenada,
la línea exacta, la ilusión erecta,
el ensueño del arco y de la recta,
la piedra rectamente meditada.

Esta es la perfección romanceada,
la románica piedra resurrecta,
tan perfecta que peca de perfecta,
de tan perfectamente dibujada.

Tan sencilla, tan casta y tan madura
que es como una lección de arquitectura,
como una viva cátedra del arte.

Que al mirarla la vemos de tal modo
que en cada parte vemos que está todo
porque todo es perfecto en cada parte.

Y soneto a soneto, el romero del verso, quiere, al final, asomarse siquiera al agua de un pantano, pero necesita repostar castellanía, irse despidiendo del campo amarillo y saludar en Herrera de Pisuerga los primeros compases de una sinfonía verde.

HERRERA DE PISUERGA

Blanca, soñada en cal, como un pañuelo
lavado en el Pisuerga y extendido,
Herrera se despierta de su olvido
y saluda con pájaros al cielo.

Esta es Castilla levantando el vuelo,
recuperando el corazón perdido,
poniéndole un pardal a cada nido
y una estrella de luz a cada anhelo.

Aquí no pasa nada, acaso ocurre
que floreció la fe que estaba muerta
en la piedad inmensa de María.

Herrera vegetal, aquí transcurre
la vida en la caricia de la huerta
y se viste de verde la alegría.

La “excursión” que decimos hoy, la “juglaría” de tiempos medievales va terminando. Y el “juglar” no quiere pasar sin detenerse en la villa de Aguilar de Campoo y visitar San María la Real, por ejemplo, y cantarla como es debido. Es una de sus asignaturas pendientes que requiere mucha concentración. Y lo deja para otra ocasión. En esta se limita a dedicarle otros catorce versos a ese “penacho en piedra” que es

PEÑA AGUILON

Penacho en piedra, lengua que recita
bajo la inmensidad su reciedumbre,

gesto de roca que, esculpida en cumbre,
es voz que calla y soledad que grita.

Tierra que asciende en devoción de ermita,
cresta que siente vocación de cumbre,
que para que Aguilar no se acostumbre
siempre con cada aurora resucita.

Que toda la inquietud aguilareña
aprende en el asombro de esta peña
un diálogo amoroso con el cielo.

Porque tiene tal garbo de ascensiones
que parecen sus riscos oraciones
que aprenden de las águilas su vuelo.

Y de Aguilar a Cervera, pero, eso sí, deteniéndose un momento en San Andrés de Arroyo, a darse un baño de silencio monástico paseándose por su claustro increíble, meditando entre sus intercolumnios adelgazados por el sol que baja aquí a recitar rayos de maitines...

SAN ANDRÉS DE ARROYO

No me explico qué aguja tejedora
tejió, piedra en la piedra, tu vainica,
qué cielo en tu quietud se multiplica,
qué viento en tu silencio se enamora.

Aquí la piedra que jugó a ser mora
en soledad de amor se santifica
e inexplicablemente nos explica
Castilla su presencia soñadora.

¿Dónde el arroyo? No lo sé. Presiento
que lo han secado el tiempo y el olvido,
que San Andrés se lo bebió rezando.

Que aquí nos sacia todo, el sol, el viento,
que queda el corazón como embebido,
que hay como un no sé qué y un no sé cuando ...

Y ya en Camporredondo. El poeta se asoma para copiarse en sus aguas como en el más quieto espejo. Porque frente al pantano no se mueve nada en la calma de una tarde de verano. Ni los árboles. Hasta los pájaros gorgean en voz baja desde las ramas quietas.

CAMPORREDONDO

Un mar pequeño, altivo, claro y hondo,
un inventado mar reconstruido,
río que a meditar se ha detenido
en un paisaje con el sueño al fondo.

Aquí el cielo se siente más redondo
en un verde milagro repetido.
Aguas altas, Carrión recién nacido
ya con sueños de mar: Camporredondo.

Quieto el cielo, la luz, el agua quieta,
río Carrión, quisiste ser poeta
y te paraste en medio del camino.

Naciste ciervo líquido y travieso
pero enseguida te quedaste preso,
meditando el paisaje a lo divino.

El poeta, a causa del itinerario de su juglaría y del espacio editorial, que no por otras razones, ha tenido que reservar para otra vez otros poemas que andan sueltos por su libro A ORILLAS DEL CARRIÓN y por la Antología PALENCIA, PIEDRA A PIEDRA, de Jesús Castañón, así como por sus carpetas de inéditos, otros muchos poemas a Carrión de los Condes, a Barruelo de Santullán, a Frechilla, a Aguilar de Campoo...

Quizá, si los años se lo permiten, quisiera completar su dedicación poética a esta tierra palentina, cuya riqueza monumental y paisajística es inagotable para la pluma de un amante de ella y de la poesía que encierra en cada rincón.